

TRAS LAS HUELLAS DEL REY ARTURO

DANIEL FERNÁNDEZ DE LIS

TRAS LAS HUELLAS DEL REY ARTURO

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta:  Calderón Studio®

basado en un diseño de Jordi Sàbat

Primera edición: febrero de 2026

© Daniel Fernández de Lis, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2774-8

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 1380-2026

Impreso en España

A mis hijos Pol y Rocío, que luchan día a día por abrirse camino en el complicado mundo que les ha tocado vivir. Espero que el futuro les depare felicidad y tranquilidad.

A Cristina, la primera persona a la que hago partícipe (entre otras cosas) de todos mis proyectos literarios, por tantos años de vivencias compartidas.

A José Zoilo Hernández, por sus consejos sobre espadas del siglo v y por la pasión compartida por todo lo relacionado con Arturo.

A mi editora, Penélope Acero, por abrirme las puertas de la que ya es mi casa literaria, que además está llena de grandes escritores y buenos amigos; y por la paciencia.

«Se lanzó a través de trescientos hombres, bravo,
cortando el centro y el costado.
Mostró su valía, a la cabeza de nobles hombres;
dio de su manada corceles para el invierno.
Alimentó a los negros cuervos
en la muralla de la fortaleza,
aunque no era Arturo»,

Y Gododdin (poema galés)

Sumario

Capítulo 1. Introducción. Época histórica y planteamiento general	13
1. Antecedentes: la Britania romana y las invasiones de anglos, jutos y sajones	13
2. Planteamiento general	16
3. Aclaración de las fuentes históricas sobre Arturo	18
Capítulo 2. Gildas y <i>De Excidio et Conquestu Britanniae</i> (<i>Sobre la ruina y conquista de Britania</i>)	21
1. Gildas y su valor como fuente histórica	21
2. La batalla del Monte Badon y Arturo	23
3. Gildas y la época posterior a la batalla de Badon	30
4. Los reyes britanos contemporáneos de Gildas	31
5. Conclusión sobre Gildas y Arturo	33
Capítulo 3. La aparición de Arturo en las fuentes medievales	35
1. Arturo en los poemas épicos galeses	35
2. Beda el Venerable y la época de un posible Arturo histórico.	38
3. ¿Nennio? y la <i>Historia Brittonum</i>	39
4. Arturo como estrella emergente en la literatura galesa	52
5. Geoffrey de Monmouth: «Un cierto libro antiguo en la lengua britana»	66
Capítulo 4. Evolución del mito artúrico.	73
1. Edad Media	73
2. Del Renacimiento a la actualidad	79
Capítulo 5. Otros elementos del mito artúrico.	95

1. Camelot	95
2. El santo grial	97
3. Excalibur y la Dama del Lago	98
4. La Mesa Redonda	99
5. Avalon	100
6. La espada en la piedra.	102
7. Morgana	102
8. Ginebra	103
9. Los caballeros del rey Arturo	104
10. Merlín	106
11. Mordred	110
Capítulo 6. Posibles orígenes de la leyenda fuera de las islas británicas.	111
1. Lucius Artorius Castus	111
2. La «conexión sármata»	118
3. Las sagas de los Nart	124
4. El rey Arturo y los griegos	130
5. Arturo como dios o semidiós celta.	135
6. Arturo y Alfonso I el Batallador, rey de Aragón	137
Capítulo 7. Los «auténticos» rey Arturo británicos (I)	141
1. Una «biografía» de Arturo.	141
2. Riotamo	144
3. Athrwrys ap Meurig	157
4. Andragastio.	169
Capítulo 8. Los «auténticos» rey Arturo británicos (II)	179
1. Owain Ddantgwyn	179
2. Arthur Mac Aedan	208
Epílogo. Conclusiones	237
Bibliografía	245
Índice onomástico y de obras citadas	249

Capítulo 1

Introducción

Época histórica y planteamiento general

«Ha sido muy habitual entre los historiadores suscribir la teoría de «no hay humo sin fuego» en relación con Arturo, aunque el humo sea muy tenue e indistinguible de la bruma de las tierras altas»,

Edward James¹

1. Antecedentes: la Britania romana y las invasiones de anglos, jutos y sajones

Para situarnos en el marco histórico en el que pudo existir un hipotético rey Arturo, es necesaria una breve narración de los siglos en los que Britania fue provincia romana y, muy especialmente, de lo ocurrido en la isla en el siglo v, momento de la retirada de las tropas del Imperio romano y la llegada de las oleadas de anglos, jutos y sajones (entre otros pueblos bárbaros).

1 E. James, *Britain in the first Millenium*, A&C Black Ltd, Londres, 2000, p.100.

Durante el siglo I a. C., se produjeron dos campañas, llevadas a cabo por Julio César (en los años 55 y 54 a. C.), que no se plasmaron en un sometimiento de Britania al dominio de la todavía República romana, pero sí tuvieron como consecuencia que se intensificaran las relaciones entre los pueblos que habitaban la isla y Roma, que tomó un mayor conocimiento y se implicó en la situación política de los diversos centros de poder britanos.

Fue ya en época del Imperio y bajo el dominio de Claudio, en el año 43 d. C., cuando se produjo la invasión que concluyó con la incorporación de Britania como provincia romana. Este dominio no afectó a la parte norte de la isla (más o menos coincidente con la actual Escocia), que, a pesar de algunos intentos como el de Agrícola en el siglo I y el de Septimio Severo y su hijo Caracalla en el siglo III, nunca llegó a formar parte del Imperio romano.

Esta nueva condición de provincia romana hizo que Britania participara activamente en la política imperial y que diferentes personajes (Clodio Albino, Constantino el Grande, Carausio, Magno Máximo, Flavio Claudio Constantino...) intentaran, con mejor o peor suerte, alcanzar el poder, en su totalidad o sobre la parte occidental del Imperio, desde la isla.

A principios del siglo V, el dominio de Roma sobre Britania comenzó a tambalearse, para terminar desapareciendo, como consecuencia de varias circunstancias. En el año 402 dejó de llegar la paga para el ejército imperial. En el 407, Flavio Claudio Constantino partió de Britania para tratar de convertirse en emperador y se llevó con él al grueso de las legiones romanas acantonadas en la isla. Y en el 410 (fecha considerada generalmente como la del final del dominio romano sobre Britania), el emperador Honorio remitió una carta a los britanos en la que comunicaba que no enviaría tropas a la isla y los instaba a de-

fenderse por sí mismos. Aunque algún autor pone en duda que esta carta tuviera como destinatarios a los pueblos de Britania, lo cierto es que no llegaron refuerzos. Además, ese mismo año Alarico saqueó Roma, por lo que, lo pusiera o no por escrito, en el año 410 Honorio tenía problemas más importantes en la cabeza que Britania.

La retirada de buena parte de las legiones provocó una situación de caos en la isla. La legislación romana llevaba décadas prohibiendo a los britanos portar armas y, aunque los restos de la guarnición imperial que había permanecido en la provincia se reconvirtieron en una fuerza al servicio de los nuevos poderes locales, Britania no tardó en convertirse en objeto de los ataques de los pueblos del norte de la isla. Tanto los tradicionales habitantes de la zona (caledonios, macios y otros pueblos, generalmente conocidos como pictos) como un colectivo procedente de Irlanda (los escotos, que terminarían por dar nombre a esa parte norte de Britania), aprovecharon la debilidad de los britanos para aumentar la frecuencia de sus ataques sobre sus vecinos del sur.

Aunque lo ocurrido a continuación es confuso, parece que una asamblea de britanos dirigida por un caudillo que respondía al nombre de Vortigern (probablemente más un título que un nombre propio) decidió recurrir a una figura que el Imperio romano ya había usado en otras ocasiones: el *foedus*. Esta institución consistía en contratar los servicios de algunos pueblos bárbaros para que los protegieran de los ataques de sus enemigos (en este caso, de los vecinos del norte).

De esta forma, comenzaron a llegar a Britania un heterogéneo grupo de pueblos bárbaros, esencialmente anglos, jutos y sajones (procedentes de fuera del *limes*, de las actuales Alemania y Países Bajos), aunque también arribaron contingentes de francos, frisios y escandinavos. Pero muy pronto estos grupos de merce-

narios cayeron en la cuenta de que era más provechoso y menos arriesgado que enfrentarse a los belicosos pictos hacerse con el dominio de la zona sur de la isla (la antigua provincia romana de Britania), más rica, más extensa y peor defendida por los britanos.

Las siguiente oleadas de estos pueblos bárbaros ya no llegaron con intención de atacar y saquear, sino de colonizar e instalarse en los territorios tradicionalmente ocupados por los britanos. Éstos, tras oponer fiera resistencia, terminaron por ser arrinconados en la esquina suroeste de la isla. El término sajón para referirse a los britanos, *wealas* (extranjeros), daría lugar a la actual denominación de esa zona: Wales (Gales).

Y es entre las brumas de esa poco documentada y poco conocida época de las invasiones anglosajonas y de la oposición britana a las mismas cuando surge la enigmática y legendaria figura del rey Arturo.

2. Planteamiento general

Puede parecer que uno de los personajes más conocidos mundialmente a lo largo de los siglos y del que quien más y quien menos puede recordar las partes más famosas de su leyenda, debe sin duda responder a una figura histórica claramente reconocible. Sin embargo, cuando se realiza un análisis historiográfico más profundo, nos encontramos con una figura esquiva, a la que es difícil asignar un periodo e incluso un nombre concreto que ponga cara y ojos al personaje. Se hace, por tanto, necesario desentrañar e investigar en inscripciones, tratados históricos, relatos y poemas para tratar de dar respuesta a la pregunta: ¿existió realmente el rey Arturo? Y, si existió, ¿quién fue?

Las primeras menciones a Arturo como personaje real se sitúan en Gales en el siglo IX. Desde el mundo céltico, se fueron expandiendo hasta Francia e Italia en el siglo XI, y en el siglo XII, en Inglaterra, Geoffrey de Monmouth comenzó a construir el mito al convertir a Arturo en uno de los pilares de su *Historia de los reyes de Britania*, obra publicada en Oxford, en la que el personaje figuraba como uno de los principales monarcas de la historia de la isla. Los vínculos continentales de la dinastía Plantagenet, que subió al trono inglés en el año 1154, quienes eran además duques de Normandía y de Aquitania y condes de Anjou, facilitaron la difusión de la obra en la actual Francia y convirtieron las narraciones sobre el rey Arturo en la base de todo un ciclo de romances y canciones de trovadores.

La historiografía comenzó, sobre todo a partir del siglo XIX, a plantearse si Arturo era o no un personaje real y si, de no existir una figura histórica que respondiese al nombre de Arturo y que se hubiese sentado en el trono de lo que terminaría por ser Inglaterra, si el mito podía haberse construido a partir de una o varias figuras históricas reales, tratando de identificar al verdadero personaje tras los relatos sobre el rey Arturo.

En los siguientes capítulos trataremos de examinar las diferentes teorías sobre el origen de la leyenda y sobre los diversos personajes que se han propuesto como «el auténtico rey Arturo». No se trata tanto de analizar y detallar los diferentes mitos y leyendas que componen el llamado «ciclo artúrico», aunque es imprescindible analizar el origen de los mismos, sino de intentar desentrañar la realidad histórica que puede encontrarse detrás de ellos.

Y, en este análisis del «Arturo histórico» o de «el auténtico rey Arturo», el objetivo perseguido será exponer las pruebas y argumentos históricos en los que se basan estas teorías y los pros y contras que diferentes autores han formulado sobre las mismas.

Por eso, la primera tarea será desglosar cuáles son las fuentes medievales en las que se han basado las diferentes hipótesis sobre el «auténtico rey Arturo» y los motivos por los que diversos autores consideran que no pueden servir como pilar para una teoría sobre el personaje histórico. Para evitar errores de interpretación sobre los fundamentos en los que los diferentes autores basan sus teorías, y también porque los argumentos por ellos esgrimidos no dejan de constituir una opinión personal, he optado por transcribir literalmente sus razonamientos sobre las diferentes fuentes, con el fin de que el lector pueda analizarlos y tener su propia opinión al respecto. Soy consciente de que ello hace que la lectura de este apartado resulte mas árida, y pido disculpas por ello, pero me parece imprescindible realizar este estudio y acometerlo precisamente de esta manera.

Y continuaré con las obras que proponen diferentes candidatos al «auténtico rey Arturo», empezando por indicar las obras en las que se basan (y las tesis y argumentos que tratan de desvirtuarlas) para posteriormente detallar quién es su candidato a ser el verdadero rey Arturo y los razonamientos en los que fundamentan su teoría. También, para facilitar la comprensión y evitar errores interpretativos, recurriré con frecuencia a la transcripción literal de sus teorías.

3. Aclaración de las fuentes históricas sobre Arturo

De entrada, debe tenerse en cuenta que las fuentes sobre lo ocurrido en Britania en los siglos v y vi son escasas, tardías, confusas y de dudosa fiabilidad en general, debido a las numerosas interpolaciones de las que han sido objeto a lo largo de los siglos. Aun así, apunta el profesor Soto Chica, citando la fuente a la que dedicaremos el siguiente capítulo:

No estamos del todo huérfanos de historia. Aunque, en mi opinión, el proceder correcto que tendríamos que seguir los historiadores al acercarnos a esta época debería basarse en rechazar todo aquello que contradiga abiertamente las noticias procedentes de los escasos textos que mencionan Britania en el siglo v o que se opongan al cuadro general dibujado por Gildas hacia el 535. Dicho de otro modo, [las fuentes posteriores] sólo eran útiles si los confirmaban los testimonios contemporáneos de los hechos o si no estaban en abierta oposición con ellos.²

Analicemos, pues, estas fuentes y comencemos, como indica Soto Chica, con la más antigua de ellas y, por tanto, la más cercana a la época en que pudo existir un «rey Arturo».

2 José Soto Chica, *Imperios y bárbaros. La guerra en la edad Oscura*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, p. 228.

Capítulo 2

Gildas y *De Excidio et Conquestu Britanniae* (Sobre la ruina y conquista de Britania)

1. Gildas y su valor como fuente histórica

La primera obra escrita en la Britania posromana de la que se tiene noticia es la de Gildas, *De Excidio et Conquestu Britanniae*. En relación con ella, lo importante para este estudio es tratar de desentrañar si contiene algún elemento que pueda ofrecer pistas del Arturo histórico, y para ello es necesario en primer lugar preguntarse por su fiabilidad como fuente.

Se trata de un escrito compuesto por ciento diez capítulos cortos (alrededor de veintidós mil palabras), que constituye una especie de sermón moral en forma de carta abierta, en la que Gildas insta a sus conciudadanos a abandonar el pecado y obedecer a Dios para así recuperar su favor.

Dicho esto, la narración histórica de Gildas no pretende ser un relato verídico de lo ocurrido en Britania, sino una forma de argumentar el vínculo entre los britanos y la obediencia al Señor. No parece que esta obra pueda ser considerada como fuente histórica fiable si a lo anterior añadimos que no está claro quién era Gildas ni dónde residía. Tampoco ayuda el hecho de que Gildas no

mentione fecha alguna, aunque las referencias a los personajes o los acontecimientos referidos podrían ayudar a la datación, pero la existencia de diversos errores en su cronología no facilita la tarea.

Para Soto Chica:

La *De Excidio et Conquestu Britanniae* de Gildas no es en sí misma una historia de Britania, sino más bien un sermón o escrito admonitorio que denuncia la corrupción de la iglesia britana y, en menor medida, de los gobernantes britanos. Pero tiene la virtud de hacer una suerte de introducción histórica que lleva al lector desde los días del Imperio romano a los de la redacción de la obra, de manera que dibuja con ello un panorama, el único que tenemos, de la situación en Britania hacia el 535 y nos facilita algunos datos y pistas sobre cómo se había llegado a la realidad que los reprobadores ojos de Gildas contemplaban.¹

Por su parte, Higham señala que lo más que se puede aventurar sobre la fecha en que Gildas escribió su obra es que lo hizo entre el año 500 y la mitad del siglo vi. «Dado que no se puede tener gran confianza ni en la secuencia de acontecimientos ni en la cronología de la obra de Gildas, la suya está lejos de ser una fuente fiable para el periodo previo a la época de sus propios abuelos. Su *De Excidio*, por tanto, no constituye un comentario muy claro del siglo v, a pesar de ser el texto de referencia usado por escritores posteriores para extraer la historia».²

Domínguez incide en la falta de fiabilidad de la obra de este autor:

1 José Soto Chica, *op. cit.*, p. 227.

2 N.J. Higham, *King Arthur: The Making of the Legend*, Llandysul, Yale University, Press, 2018, p.157..

Parece ser que Gildas no se basó en fuentes escritas para los eventos entre el 440 y el 500, usando probablemente tradiciones orales poco fiables. Gildas no es una fuente fiable para los acontecimientos del siglo v, ya que, además de esto, se centró en escribir lo que arruinó Britania (pictos, sajones, peste, pecado, etc.), por lo que da una imagen deliberadamente negativa.³

Tras exponer las dudas que plantea como fuente histórica, nos centraremos en la relación de la obra de Gildas con la figura del rey Arturo.

2. La batalla del Monte Badon y Arturo

Diversos autores se han basado en la obra de Gildas para identificar a Arturo, y para ello se fijan en el caudillo que, según este texto, lideró una gran victoria de los britanos sobre los sajones, la acontecida en el monte Badon. Pero, en el manuscrito más antiguo que se conserva de *De Excidio*, no se menciona a Arturo. El texto (siguiendo la traducción de Higham), reza así:

Su líder [de los britanos] era Ambrosio Aureliano, un caballero que, posiblemente el único entre los romanos, había sobrevivido a la conmoción de esta notable tempestad [la invasión sajona]: sus padres, que habían vestido la púrpura, fueron con certeza asesinados en ella. Sus descendientes en nuestros días son muy inferiores a la excelencia de su abuelo. Bajo su mandato, nuestro pueblo recuperó su fortaleza y de-

3 C. Domínguez González, *La Inglaterra anglosajona. Una síntesis histórica (siglos v-xi)*, Ediciones La Ergástula, Madrid, 2015, p. 23.

safió a combatir a los victoriosos sajones. El Señor consintió, y se produjo el enfrentamiento. Desde ese momento, unas veces los ciudadanos [los britanos] y otras el enemigo [los sajones] resultaron vencedores como si a ese pueblo [britano] el Señor lo pusiera a prueba, como solía hacer con el pueblo de Israel para ver si lo amaba. Esta situación se prolongó hasta el año del asedio del Monte Badon y la más reciente, y desde luego no la menor, matanza de los sajones. Eso tuvo lugar el año de mi nacimiento, y desde entonces han pasado cuarenta y cuatro años y un mes.⁴

Autores como Padel y Wood se basan en este párrafo para señalar a Ambrosio Aureliano como el caudillo que lideró a los britanos. Higham difiere de ellos y señala que, según Gildas, Ambrosio dirigió a sus tropas en combate abierto (*proelium*), mientras que lo ocurrido en Badon se define como un asedio, un enfrentamiento en el que no era necesario que el principal dirigente del ejército se encontrase presente, sobre todo si los britanos eran los asediados. Domínguez, por su parte, apunta que «es posible que Ambrosio Aureliano no estuviese presente en la batalla, pero desde luego fue el líder de la resistencia britana».⁵

Otra teoría apunta a que fue Arturo el caudillo de los britanos en Badon. Quienes se basan en Gildas para identificar a Arturo con el vencedor de ese enfrentamiento se apoyan en la obra del siglo ix *Historia Brittonum* (de la que hablaremos en detalle más adelante y que se suele atribuir a un monje llamado Nennio), que narra que esta batalla fue la última que libró Arturo. Pero, argumenta Higham, la veracidad histórica del relato de Gil-

4 N.J. Higham, *op. cit.*, p. 158.

5 C. Domínguez, *op. cit.*, p. 31.

das a ese respecto no puede basarse en el contenido de una obra posterior; es decir, no se puede argumentar que, como Gildas hace referencia a la batalla de Badon y obras posteriores afirman que Arturo estuvo en Badon, entonces la obra de Gildas confirma que Arturo es un personaje real.

Este razonamiento sólo sería válido hubiera algún otro relato contemporáneo que identificara a Arturo como el vencedor de la batalla del Monte Badon y que hubiera servido al autor de la *Historia Brittonum* como fuente, pero «casi seguro que no lo hay. Si descartamos la *Historia* como apoyo [a la identificación del no nombrado vencedor de Monte Badon en el relato de Gildas], Arturo continúa ausente».⁶

El argumento de Higham me parece contundente. Algo falla en el silogismo «Gildas reconoce que hubo un enfrentamiento en Badon; Nennio afirma que Arturo estuvo en Badon; luego Gildas confirma que Arturo es un personaje real». En mi opinión, si para algo sirve la mención de la obra más cercana en el tiempo al asedio del Monte Badon y la ausencia de referencia en dicha obra a la participación de Arturo en el mismo, es para sostener que Gildas no sirve como fuente para sostener la existencia de Arturo, más bien al contrario. Y no me parecen válidos argumentos basados en una obra, la de Nennio, escrita trescientos años después.

Aun así, no opina lo mismo Phillips:

Las fuentes de la Alta Edad Media que tratan sobre la historia de la Britania posromana se limitan a cinco: Gildas, Beda, Nennio, la *Crónica anglosajona* y los *Anales galeses*. Cuatro de ellas se refieren a la batalla de Badon, una de las cuales

6 N.J. Higham, *op. cit.*, p. 158.

se escribió cuando se guardaba memoria viva del conflicto, por lo que podemos estar razonablemente confiados en que se trató de un suceso histórico. La única fuente que no la menciona es la *Crónica anglosajona*, que excluye casi completamente cualquier éxito britano. De las otras cuatro, dos no mencionan quién dirigió a los britanos y las otras dos señalan que fue Arturo. Como estas fuentes no asocian a otro que no sea Arturo con el liderato britano en la batalla de Badon, he decidido que, puestas en la balanza, es una conclusión justa que se trate de una figura histórica.⁷

Según Ashe, «su silencio [de Gildas] sobre Arturo no es un argumento contra su existencia, aunque algunos autores modernos han tratado de sostener esta teoría [...]. El propio testimonio de Gildas sobre décadas de lucha tachonadas con algunas victorias demuestra que hubo otros líderes en Britania además de aquel al que menciona. Pudo guardar silencio sobre el Arturo original por sus prejuicios o por ausencia de información al respecto».⁸

Hibbert también trata de encontrar una explicación a esta omisión. En algunas biografías de santos escritas en el siglo XI, «Arturo se menciona como un rey tirano y se presenta como un gobernante rufián que mostraba poco respeto por la Iglesia. [...] Esta poco atractiva presentación de Arturo [...] proporciona una pista de la misteriosa omisión en la primera crónica [la de Gildas] que se conserva sobre el periodo en el que creemos que vivió: podemos deducir que Arturo ofendió de algún modo a la Iglesia en su lucha por la libertad de Britania [...] Luchar contra los sajones era una empresa costosa, y un líder guerrero que llegó tan

7 G. Phillips, *The Lost Tomb of King Arthur*, Bear & Company, Rochester, 2016, p. 162.

8 G. Ashe, *op. cit.*, p. 59.

lejos como Arturo presumiblemente fue más de una vez a los monasterios en busca de dinero y comida para sus hombres y sus caballos. Y seguro que muchas veces tuvo que tomar por la fuerza lo que no le daban de forma voluntaria».⁹

Hibbert y otros autores sugieren también que Gildas no menciona en su obra a Arturo porque éste dio muerte a su hermano Huail, lo que justifica que no quisiera reconocer en su trabajo al asesino de su hermano. Hibbert adjudica el relato a una biografía de Gildas escrita en la abadía de Llancarfan en el siglo XII y a «una historia similar que aparece en un relato galés del siglo XI, lo que nos indica al menos que el biógrafo de Gildas no se inventó la historia de la disputa. [...] Si hay algo de verdad en esta historia, si Gildas y Arturo estaban en distintos bandos en las guerras civiles que siguieron a la batalla del Monte Badon, entonces se explica la reticencia de Gildas a mencionar al asesino de su hermano. No podía omitir el triunfo del Monte Badon, pero sí podía omitir el nombre del vencedor».¹⁰

Higham rechaza tajantemente esta interpretación. La historia de la muerte de Huail a manos de Arturo procede, según este autor, de una obra muy alejada en el tiempo, el siglo XVI, y de más que dudosa fiabilidad, no sólo en lo que se refiere al relato de la muerte de Huail, sino incluso respecto del supuesto vínculo familiar entre éste y Gildas.

De hecho, son pocos los personajes del periodo previo a su propia época a los que Gildas designa por su nombre. Uno de ellos es Magno Máximo, un general romano que a finales del siglo IV se opuso a Teodosio y trató de convertirse en emperador, y de quien volveremos a tratar más adelante. Otros son Agitius

9 C. Hibbert, *op. cit.*, p. 112, 115.

10 Ídem, *op. cit.*, p. 116.

(el general romano Aecio), Ambrosio Aureliano y el «tirano máximo», que en las modernas ediciones no aparece designado por su nombre, pero que en el manuscrito de la obra de Gildas que se conserva en la librería de la Universidad de Cambridge figura como Vortigern. Pero ningún otro personaje se cita por su nombre. «Que Arturo esté ausente del relato de Gildas hace que se deban poner en duda todas y cada una de las reconstrucciones de sus hechos basadas en su papel como caudillo en esta “guerra de los sajones federados”». ¹¹

Hibbert incide en otro argumento para justificar la no mención de Arturo en el relato de Gildas: «Si la batalla del Monte Badon fue una victoria tan sonada como sugieren todas las crónicas, suponemos que los lectores conocerían perfectamente los detalles de la misma. Gildas no tenía necesidad de repetir la información de que Arturo la había ganado, ya que sería un hecho consumado, que todos daban por supuesto». ¹²

Higham también pone en duda esta interpretación, así como la de diversos historiadores, sobre la importancia de la batalla del Monte Badon (se mencione o no a Arturo en relación con ella) como la victoria decisiva de los britanos sobre los sajones que determinó el devenir de la guerra.

Eso no es lo que dice Gildas, ni siquiera lo que da a entender. Es nuestra única fuente casi contemporánea, por lo que su relato tiene un enorme peso. Tenemos que tener muy presente la teoría de la historia que vertebra su obra: que las experiencias de los britanos estaban marcadas no por procesos históricos, sino por la cambiante naturaleza de su relación

11 N. J. Higham, *op. cit.*, p. 159.

12 C. Hibbert, *op. cit.*, p. 117.

como pueblo de Israel con su Dios. Las adversidades son consecuencia de la desobediencia de los britanos y el castigo divino que les sigue; los éxitos se deben a Dios recompensando a su amado pueblo.¹³

Higham no pone en duda la importancia de esa victoria sajona para Gildas, pero sugiere que esa significación puede tener un valor relativo; es decir, que sería un episodio muy relevante para el autor por motivos personales (porque lo sería para la comunidad monástica para la que escribía o porque coincidió con el año de su nacimiento), pero que eso no implica que tuviese la misma importancia desde el punto de vista de la historia de Britania.

Domínguez, por su parte, indica:

Su victoria [la de los britanos en Badon] no fue tan decisiva como se ha asumido. Se produjo cuando los sajones ya estaban regresando a las áreas que dominaban antes de la revuelta, tras haber saqueado la región, y como mucho lo que hizo fue acelerar esa retirada. Tampoco significó la reconstitución del Estado britano, ya que las guerras internas entre sus cabecillas continuaron.¹⁴

Para Gildas, Badon supone el final de las pruebas a las que Dios sometió a su pueblo, y eso es lo realmente relevante de su relato. «Hay que ser, por tanto, prudentes a la hora de conceder a Badon un significativo valor político o militar. Su prominencia en historias posteriores deriva en parte por ser el único episodio de esta guerra que es mencionado por su nombre en una fuente casi

13 N.J. Higham, *op. cit.*, p. 159.

14 C. Domínguez, *op. cit.*, p. 31.

contemporánea, y en parte por su importancia en la *Historia Brittonnum*, en la que es la victoria final y mayor de Arturo». ¹⁵

Soto Chica lamenta que los árboles del mito artúrico no hayan permitido ver el bosque de la relevancia de lo ocurrido en el Monte Badon para la historia de Britania:

Como unos trescientos años después de Gildas, Nennio atribuyó la victoria del Monte Badon a Arturo. La inmensa mayoría de los historiadores han centrado su atención no en dilucidar lo que en realidad dice Gildas sobre tal batalla, sino si Arturo la libró o no y dónde la acometió. Y así, siguiendo la estela de Arturo, el lugar de la batalla de *Mons Badonicus* ha peregrinado por toda Inglaterra y Escocia en función de si éste se ubicaba en el norte de Britania, «el Viejo Norte», o en el sur de Britania, y de ese modo se ha colocado en lugares tan distantes entre sí como West Lothian, el sur de Escocia o Bath, en Somerset, en el suroeste de Inglaterra. ¹⁶

3. Gildas y la época posterior a la batalla de Badon

Según los relatos posteriores sobre Arturo, a la victoria sobre los sajones en Badon siguió una época gloriosa para los britanos, la llamada «era de Arturo». Si fue así, este periodo maravilloso debería de tener su reflejo en la narración más cercana a los hechos en el tiempo.

Sin embargo, según Gildas, después de Badon reinó en la isla el caos y la guerra civil. Utiliza la expresión «divorcio de los bár-

¹⁵ N. J. Higham, *op. cit.*, p. 161.

¹⁶ J. Soto Chica, *op. cit.*, p. 229-230.

baros», lo que algún autor ha interpretado como un acuerdo entre sajones y britanos para dividirse el territorio. Higham disiente y recuerda que, al principio de su obra, Gildas representó a Britania como «la novia elegida, adornada con diversas joyas», una metáfora del matrimonio entre Britania y los britanos. Siguiendo con esa metáfora, el divorcio representaría la separación de los novios, es decir, la pérdida de la isla para los britanos. La simbología de Gildas implicaría que los pecados de su generación causaron que Dios castigara a su pueblo y que los sajones fueran la herramienta de ese castigo, imponiéndose sobre los britanos y haciéndose con el dominio de la isla. Nada que ver, por tanto, con una gloriosa «era de Arturo».

4. Los reyes britanos contemporáneos de Gildas

Si Arturo fue un personaje histórico contemporáneo de Gildas, debía ser uno de los principales caudillos britanos del momento, lo que nos obliga a analizar lo que se conoce al respecto. Gildas cita a cinco reyes britanos que gobernaron en su época, todos ellos localizados en el oeste de Britania, para los que no ahorra críticas y que pueden constituir otra conexión con el mito artúrico: Constantino regía sobre Dumnonia (las Devon y Cornwall actuales); Aurelio Canino, sobre un territorio difícil de localizar; Vortipor en Dyfed / Demetia (suroeste de Gales); Maglocunus, en Gwynedd (norte de Gales); y Cuneglasus, que gobernaba sobre la región de Rhos, también en el norte de Gales.

Es en este último en quien se han centrado los estudiosos del Arturo histórico, ya que Gildas lo llama «oso» y «conductor del carro de la guarida del oso». En galés antiguo, la palabra para «oso» es *arth*, y hay quien ha visto en ello una identificación con Artu-

ro. Higham considera, no obstante, que esta referencia es una metáfora bíblica, pues Gildas asigna a cada uno de estos cinco reyes britanos el nombre de un animal citado en la Biblia. Así, Constantino es «el cachorro de una sucia leona»; Canino, «un cachorro de león»; Vortipor, «como un leopardo»; Cuneglasus, «un oso», y Maglocunus, «un dragón».

Gildas estaba, por tanto, desplegando una compleja metáfora bíblica como parte de su tratamiento negativo de los gobernantes britanos de su época, confiado en que su audiencia estuviese suficientemente versada en la Biblia como para captar su alusión. Esto no tiene absolutamente nada que ver con Arturo.¹⁷

Phillips discrepa de esta afirmación: «Estoy de acuerdo con que Gildas pudo haberse inspirado en la cita del Libro de las Revelaciones, pero probablemente tuvo la idea de asociar a los gobernantes de su nación con el anticristo, porque dos de ellos ya ostentaban los títulos de dos de las criaturas unidas a la Gran Bestia. Se refiere a Cuneglasus y Magloconus directamente como el oso y el dragón, mientras que claramente sólo compara a los otros tres con los animales en cuestión».¹⁸

5. Conclusión sobre Gildas y Arturo

En conclusión, y en relación con Gildas y su *De Excidio Britanniae*, Higham enumera los motivos por los que no puede servir

17 N. J. Higham, *op. cit.*, p. 163, 165.

18 G. Phillips, *op. cit.*, p. 203.

como base para rastrear al Arturo histórico: la falta de datación de los hechos relatados, el carácter metafórico y admonitorio de su relato, la inexistencia de un periodo glorioso para los britanos tras el asedio del Monte Badon (la ausencia, en definitiva, de una «era de Arturo»), el hecho de que Arturo no es citado en toda la obra de Gildas y que lo ocurrido en el Monte Badon no supuso el final de la guerra con una resonante victoria britana, sino el final de un periodo y el inicio de otro en el metafórico relato de la relación entre Dios y su pueblo.

Se hace, por tanto, necesario rastrear otros textos lo más cercanos posible al periodo histórico en busca del rey Arturo.